

UNA TRADICION CORDOBESA

EL DOBLE DE CEPA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Invitado para tomar parte en la «Semana Cordobesa» organizada por nuestra Ilustre Academia, y en libertad de elegir tema, he juzgado adecuado al acto que se celebra, el que encabeza este escrito, haciendo un ligero extracto de esta tradición, una de las más notables de las muchas con que cuenta nuestra querida Ciudad, y que se conserva grabada en nuestra memoria, desde que en la infancia la oímos relatar, recostados en el regazo materno.

No es posible abarcar en este modesto trabajo, todos y cada uno de los detalles de tradición tan interesante, pues sería tarea larga e impropia del reducido marco que lo limita, y molesto además para vuestra atención, de la que no es lícito abusar.

Esta como todas las tradiciones, tiene su parte histórica más o menos enriquecida con las galas producto de nuestra imaginación meridional, que al ser transmitida de generación en generación y al ser cantada por nuestros poetas, ha sido admitida como artículo de fé, ya que se funda en hechos heroicos de nuestros antepasados en los que debemos creer, así como otras se fundan en hechos de carácter religioso de los que no debemos dudar.

Los hechos origen de esta tradición, tuvieron lugar en el reinado de Don Pedro I de Castilla, que duró desde el año de 1350 al 1369 en que fué muerto. Durante el mismo cometió este Monarca tantas y tantas crueldades, que mereció el dictado de Cruel.

El insigne y laureado vate, Cantor de Granada, don José Zorrilla en el tomo VI de su obra titulada «Poesías» y en el drama «El Zapatero y El Rey», hace esta semblanza del Monarca:

»Por odio y contrario afán
calumniado torpemente

- »fué soldado más valiente
- »que prudente Capitán.
- »Osado y antojadizo
- »mató, atropelló cruel,
- »más por Dios que no fué él,
- »fué su tiempo quién lo hizo».

Sea como dice el coronado poeta, pero lo cierto es, que su dureza en el mando, mejor dicho sus crueldades, fueron motivo para que el pueblo le odiase, y para que muchos de los nobles que le servían fueran desertando de sus banderas, para engrosar las filas de Don Enrique de Trastamara, enarbolándose el pendón rebelde en varias Ciudades, una de ellas Córdoba.

Prolijo sería narrar uno por uno, los hechos que la historia cita, para atestiguar los motivos que tuvo Córdoba para tomar tan extrema resolución, pero lo cierto es que habiéndose hecho coronar en Burgos Don Enrique, ya que Toledo se había declarado a su favor y habiéndose empezado a llamar el Infante, Rey de Castilla, Córdoba tomó el partido de Trastamara.

Don Pedro que tenía sus tesoros en el Castillo de Almodóvar, bajo la custodia de Martín Yáñez, ordenó se cargasen en un barco en Sevilla, y seguidamente partió para Inglaterra, dejando huérfana de su autoridad a Andalucía, viniendo a ella Don Enrique, que a su paso por Córdoba para Sevilla, fué recibido por los cordobeses con muestras de júbilo y grandes festejos, como a legítimo Soberano suyo.

Poco duró el reinado de Don Enrique, que perdió el año de 1367 en la batalla de Nájera, y al volver Don Pedro y pasar por Córdoba para Sevilla, en una noche de Agosto de dicho año, recorrió sus calles, entró y atropelló las casas de sus vecinos, y mandó prender y dar muerte a 16 de sus más principales hijos, sin otro fundamento que el de haber sido los primeros que salieron a recibir a Don Enrique; y al proseguir su viaje; dejó en la Ciudad de Capitán Mayor a don Martín López de Córdoba, que aunque muy afecto al Monarca, no por eso dejaba de ser un buen cordobés, como dió pruebas mostrándose complaciente y benigno con sus paisanos, hasta tal punto, de haber sostenido con algunos una conversación por demás interesante, en la que les reveló, que el Príncipe de Gales no estaba contento con el Rey, deseando se casase y tuviese sucesión, para gobernar él en nombre del heredero, a cuyo efecto nombraría gobernadores de su entera confianza para los distintos reinos.

Esta conversación, por su índole tan grave, fué inmediatamente puesta

en conocimiento de don Enrique por los nobles que la habían escuchado de labios de Martín López, lo que motivó que don Pedro cobrase odio al Maestre de Calatrava, que no cesó por ello de dar nuevas muestras de cordobesismo a sus paisanos, pues habiendo invitado a comer con él a don Gonzalo Fernández de Córdoba, a don Alfonso Fernández de Montemayor y a don Diego Fernández de Córdoba, de sobremesa les mostró una albalá del Rey, en la que le ordenaba cortarles la cabeza, pero a la vez les tranquilizó diciéndoles que no temiesen, que guardasen el secreto, y que les otorgaría la vida, aún a costa de que peligrase la suya.

Enterado don Pedro, no podía perdonar tamaña falta de cumplimiento a su orden, y dispuso que Pero Girón fuese a buscar al Maestre de Calatrava, y en la primera ocasión que se le presentase le dieso muerte, pero apercibió Martín López de esos propósitos, escapó y fué a encerrarse en el Castillo de Martos, donde lo prendió Pero Girón, y seguramente se hubiesen cumplido los deseos del Monarca, si no hubiese sido por haber intervenido en su favor el Rey Moro de Granada, que envió una embajada a Sevilla para suplicar el perdón para su amigo, y que no sólo le fué concedido por el Rey Castellano, sino que también volvió a su gracia, por el resto de su vida.

Estos y otros sucesos que se omiten en obsequio a la brevedad, motivaron que Córdoba se mostrase rebelde al Monarca y se declarase resueltamente en favor de don Enrique, llamando en su auxilio a varios nobles Caballeros adictos al de Trastámara, que vinieron y se posesionaron de la ciudad, no contentándose los cordobeses sólo con mantener la población por el Infante, sino que además realizaron correrías a otros lugares de los dominios del Rey Don Pedro.

Este, decidido a castigar tanta deslealtad y rebeldía, se alió con el Rey Moro de Granada, y en una deliciosa y espléndida mañana de Mayo del año de 1368, presentó la ciudad un aspecto desolador: sus calles totalmente solitarias, reinando un silencio absoluto, ella siempre tan llena de vida, tan animada, tan alegre, ¿qué sucedía, qué motivos podían influir para un cambio tan repentino y completo? Sencillamente que como reguero de pólvora había corrido la noticia de que el Rey Don Pedro, aliado con el Rey Moro de Granada, venía a ponerle cerco. Aquél, para vengarse de la deslealtad de sus habitantes, aplicándoles un ejemplar castigo. Este para reconquistarla, apoderándose de tan preciada joya, y que por añadidura poseía la gran Mezquita.

Sus moradores, poseídos del mayor espanto y convencidos de que los

ejércitos enemigos se aproximaban, salieron de sus casas, y las mujeres, con la mayor desesperación y anegadas en llanto, suplicaban a los hombres las defendiesen para no caer cautivas de la morisma.

A la vez, y como consecuencia de haber enviado don Pedro como parlamentario al leal Martín López, se celebraba Consejo en la Sala del Capítulo de San Pablo, y no había terminado éste, cuando fué tomado por sorpresa el Castillo de la Calahorra, y puesto cerco al recinto amurallado del Alcázar Viejo, que atacado briosamente le abrieron algunas brechas, escalando el adarve, donde colocaron sus pendones.

Con la rapidez del rayo acudieron los cordobeses mandados por Juan Martínez Argote, Alcalde de Donceles, a rechazar al enemigo, y con tal heroísmo se portaron, que lograron desalojarle de las posiciones conquistadas y ponerlo en precipitada y vergonzosa fuga, cogiéndole a la vez muchos prisioneros, que más tarde fueron empleados en reparar las brechas, y como trofeo de la victoria, varios de sus pendones.

Tan señalada victoria, evidencia de lo que es capaz un pueblo, cuando ve atacada su religión y su independencia, siendo así que los cordobeses combatían a un enemigo, no solo muy superior en fuerzas, sino muy aguerrido, pues el del Rey moro de Granada, algunos historiadores le hacen ascender a 5.000 caballos y a 30.000 entre peones y ballesteros, y al de Don Pedro a 1.500 caballos y 6.000 peones, y otros hacen subir a 94.000 hombres, reunidos ambos ejércitos.

Retirados los sitiadores a sus campamentos, se pasó la noche en Córdoba, entregados a fiestas y bailes la gente pacífica, y la guerrera, con los Maestres y Caballeros a reparar las murallas y cerrar los portillos, organizando el recinto en forma de poder resistir los ataques del siguiente día.

Durante esta tregua, se presentó el Adelantado don Alonso Fernández de Córdoba, con algunos nobles y 2.000 caballos, para defender la Ciudad, habiendo hecho el recorrido sin contratiempo alguno, por encontrarse libre de enemigos la margen derecha del Guadalquivir, pero halló muchas dificultades para entrar en la población, a causa de haber corrido falsos rumores de que venía con propósitos de entregarla, pero al fin se impuso la cordura y pudo penetrar por la Puerta de Almodóvar.

Celebrado Consejo en el Palacio Episcopal, expuso el Adelantado la imprescindible necesidad de tomar la ofensiva, pues de no ser así, la Ciudad estaría perdida o en inminente peligro de perderse, opinión que produjo un efecto deplorable en los reunidos, tanto que llegaron hasta llamarle traidor, y divididos en dos bandos y empuñando las espadas, trata-

ron de acometerse, y seguramente se hubiese producido una sangrienta colisión, si el Obispo don Andrés Pérez Navarro, venerable y virtuoso Prelado, no hubiese hecho valer su indiscutible autoridad, interponiéndose entre ambos bandos, y con gesto enérgico y palabras persuasivas, no les hubiese exigido envainar los sables, tomar asiento y escucharle.

Les hizo un llamamiento a sus sentimientos religiosos y patrióticos, les rogó olvidasen las ofensas recibidas, y que con voluntad de hierro y como un solo hombre, hiciesen un esfuerzo supremo, para evitar el peligro, encargándoles que al despuntar el sol del siguiente día, ondease el pendón victorioso sobre los Visos, ofreciendo por su parte con palabras de padre cariñoso y con lágrimas abundantes, que pediría en tanto con todo fervor al Señor y a su Madre la Santísima Virgen María, su protección, tanto para vencedores, como vencidos o fugitivos, frase esta última que sonrojó a todos, y tanto influyó en sus ánimos, lográndose una sola opinión, la de morir peleando por la libertad de Córdoba, su Ciudad bella y querida, librándola de que por segunda vez fuese conquistada por los moros.

Preparáronse pues, con todo entusiasmo a reanudar la pelea, pero antes, les prometió el Obispo, que las cuatro campanas que doblaban lúgubremente en aquellos momentos en la alta torre de nuestra grandiosa Catedral por los cordobeses que habían perdido sus vidas en el primer ataque de la morisma, harían sentir sus tristes sonos en lo sucesivo, siempre que muriese alguno de sus descendientes, y revistiéndose acto continuo con los ornamentos pontificales, y acompañado de todos los presentes, se trasladó al Patio de los Naranjos de la Catedral, donde encontrábanse reunidos los combatientes, y los bendijo.

Sin más espera, salieron las fuerzas, formando grupos por collaciones al mando de sus respectivos Jurados, constituyendo un conjunto que bien pudiera calificarse de soldados bisoños, a los que se unieron la nobleza en masa, con sus lanzas y hombres en armas, al mando único de Don Alonso Fernández de Córdoba, que se proponía (según se dijo) intentar la temeraria empresa, de tomar la ofensiva.

Para despedirlos siguiéronles sus familiares y demás vecinos que literalmente ocupaban la calle de Palacio y Plazuela del Puente, por cuya puerta desfilaron, y cuando hubo pasado el último hombre, todos anegados en copioso llanto, se trasladaron a postrarse a los pies de la Virgen Santísima, cuya imagen estaba en una plazoleta contigua al Arco que unía el Palacio con el Seminario, dirigiéndoles fervientes súplicas, y entre ellos, la madre del Adelantado, con creencias de católica práctica, exclamó con es-

peranzas de ser atendida: «Reina y Señora, tú que eres también su Madre, sírvele de guía».

Pasado el Puente por las fuerzas y llegado al Campo de la Verdad, el Adelantado les previno que aún estaban a tiempo de regresar a sus hogares, si no querían sufrir los peligros que ciertamente se esperaban, pues proyectaba cortar (como lo hizo) dos arcos del mismo, con objeto de impedir la retirada en caso de un descalabro. Nadie intentó regresar, al contrario todos mostraron vivos deseos de entrar cuanto antes en pelea, prosiguiendo valerosos la interrumpida marcha y presentando batalla.

El Jurado de Santa Marina, Juan Aguilar, al frente de doscientos picconeros, se precipitó como un huracán sobre la retaguardia de la caballería mora, y con los hocinos empezaron a desjarretar a los caballos, sembrando el espanto y produciendo la huída precipitada de todos, hecho eminente de esta historia, que a tan alto nivel de heroísmo colocó a los cordobeses, y que sin duda valió se impusiese el nombre de «Jurado Aguilar» a una calle del barrio, que aún perdura.

Derrotado el ejército moro, restaba el de don Pedro de Castilla, que durante el fragor del combate había organizado sus huestes, situándolas para presentar combate, en una llanura llamada la «Àmargecena», y como medio de precaución, mandó prender fuego a un bosque próximo, en evitación de un ataque por ese punto, pero de nada les sirvieron las medidas tácticas desarrolladas, puesto que como su aliado el Rey Moro, perdió el Castellano la batalla, y ciertamente hubiese perdido la vida, a no ser por la proverbial nobleza y generosidad de los cordobeses que se la perdonaron, aumentándose si más cabe, el brillo de hechos tan gloriosos.

Estos gloriosos hechos motivaron que a nuestra ciudad se le concediese un nuevo y honroso título, el de «Muy Noble», que ostenta su escudo, y a los cordobeses descendientes de aquellos que perdieron su vida, el «Doble privilegiado de Cepa», según promesa del Obispo, que fué sancionada más tarde por el Cabildo Eclesiástico, y que hemos oído algunas noches, en la torre de nuestra incomparable Santa Iglesia Catedral.

ANGEL TORRES.

Córdoba, 5 de Mayo de 1933.